

# Después del Neoliberalismo

Toda la economía es local

Por [Rana Foroohar](#)

[noviembre/diciembre 2022](#)

Durante la mayor parte de los últimos 40 años, los políticos estadounidenses actuaron como si el mundo fuera plano. Inmersos en la corriente dominante del pensamiento económico neoliberal, asumieron que el capital, los bienes y las personas irían a donde fueran más productivos para todos. Si las empresas crearan puestos de trabajo en el extranjero, donde era más barato hacerlo, las pérdidas de empleo nacional se verían compensadas por los beneficios para los consumidores. Y si los gobiernos redujeran las barreras comerciales y desregularan los mercados de capital, el dinero fluiría donde más se necesitará. Los formuladores de políticas no tenían que tener en cuenta la geografía, ya que la mano invisible estaba trabajando en todas partes. El lugar, en otras palabras, no importaba.

Las administraciones estadounidenses de ambas partes han aplicado hasta hace poco políticas basadas en estos supuestos amplios: desregular las finanzas globales, lograr acuerdos comerciales como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, dar la bienvenida a China a la Organización Mundial del Comercio (OMC), y no solo permitir sino alentar. Los fabricantes estadounidenses trasladarán gran parte de su producción al exterior. Por supuesto, el globalismo de libre mercado fue impulsado en gran parte por las poderosas empresas multinacionales mejor posicionadas para explotarlo (empresas que, por supuesto, donaron por igual a los políticos de los dos principales partidos estadounidenses para asegurarse de que vieran las virtudes

del neoliberalismo). Se convirtió en una especie de cruzada para difundir este nuevo credo estadounidense en todo el mundo, brindando la emoción de la moda rápida y los dispositivos electrónicos cada vez más baratos a los consumidores de todo el mundo. bienes americanos, en efecto, representaría la bondad estadounidense. Anunciarían los valores filosóficos estadounidenses, el liberalismo escondido dentro del neoliberalismo. La idea era que otros países, encantados con los frutos del capitalismo al estilo estadounidense, serían impulsados a volverse “libres” como Estados Unidos.

Según algunas medidas, los resultados de estas políticas fueron tremendamente beneficiosos: los consumidores estadounidenses en particular disfrutaron de los frutos de la fabricación extranjera barata mientras miles de millones de personas salían de la pobreza, especialmente en los países en desarrollo. A medida que los mercados emergentes se unieron al sistema de libre mercado, la desigualdad global disminuyó y nació una nueva clase media global. Cuán libre era políticamente, por supuesto, dependía del país.

Pero las políticas neoliberales también crearon inmensas desigualdades dentro de los países y, en ocasiones, provocaron flujos de capital desestabilizadores entre ellos. El dinero puede moverse mucho más rápido que los bienes o las personas, lo que invita a la especulación financiera arriesgada. (El número de crisis financieras ha crecido sustancialmente desde la década de 1980). Además, las políticas neoliberales hicieron que la economía mundial se desvinculara peligrosamente de la política nacional. Durante gran parte de la década de 1990, estos cambios tectónicos quedaron parcialmente oscurecidos en los Estados Unidos por la caída de los precios, el aumento de la deuda de los consumidores y las bajas tasas de interés. Sin embargo, para el año 2000, las desigualdades

regionales provocadas por el neoliberalismo se habían vuelto imposibles de ignorar. Mientras las ciudades costeras de los EE. UU. prosperaban, muchas partes del medio oeste, el noreste y el sur estaban experimentando pérdidas catastróficas de empleos. Ingresos promedio entre EE. UU.

El comercio con China alteró especialmente la geografía económica de los Estados Unidos. En un artículo de 2016 en *The Annual Review of Economics*, los economistas Gordon Hanson, David Autor y David Dorn describieron cómo las políticas neoliberales habían arrasado con ciertas regiones de los Estados Unidos incluso cuando habían conferido enormes ventajas a otras. China “derrotó gran parte de la sabiduría empírica recibida sobre el impacto del comercio en los mercados laborales”, escribieron. De repente, no había un solo sueño americano, sino un sueño costero y un sueño del corazón, un sueño urbano y un sueño rural. Resultó que la mano invisible no funcionó a la perfección, y su toque se sintió de manera diferente en diferentes partes del país y del mundo.

Esta no era una idea completamente nueva. Desde el comienzo de la era neoliberal, un puñado de economistas se había opuesto a la sabiduría recibida en el campo. Karl Polanyi, un historiador económico austrohúngaro, criticó los puntos de vista económicos clásicos ya en 1944, argumentando que los mercados totalmente libres eran un mito utópico. Los académicos del período de posguerra, incluidos Joseph Stiglitz, Dani Rodrik, Raghuram Rajan, Simon Johnson y Daron Acemoglu, también entendieron que el lugar importaba. Como Stiglitz, que creció en Rust Belt, me dijo una vez: “Era obvio que si te criaron en un lugar como Gary, Indiana, los mercados no siempre son eficientes”.

## **El lugar siempre ha importado, pero lo será aún más en el futuro.**

Este punto de vista, que la ubicación juega un papel en la determinación de los resultados económicos, apenas está comenzando a aterrizar en los círculos políticos, pero un creciente cuerpo de investigación lo respalda. Desde el trabajo de Thomas Piketty, Emmanuel Saez y Gabriel Zucman hasta el de Raj Chetty y Thomas Philippon, ahora existe un consenso entre los académicos de que los factores geográficamente específicos, como la calidad de la salud pública, la educación y el agua potable, tienen importantes implicaciones económicas. Eso puede parecer intuitivo o incluso obvio para la mayoría de las personas, pero solo recientemente ha ganado una amplia aceptación entre los principales economistas. Como Peter Orszag, quien se desempeñó como director de presupuesto del presidente Barack Obama, me dijo: “Si le preguntas a un ser humano normal, '¿Importa dónde estás?' partirían de la presunción de que 'Sí, dónde vives y dónde trabajas y quién te rodea es muy importante'. Es como si Econ 101 se hubiera desviado del camino durante los últimos 40 o 50 años, y todos fuéramos pequeñas islas atomizadas en máquinas calculadoras perfectamente racionales. Y la política se ha desviado junto con este pensamiento”. Agregó: “El enfoque de Economía 101, que es independiente del lugar, claramente ha fallado”.

La importancia del lugar se ha vuelto aún más evidente desde el comienzo de la pandemia de COVID-19, el desacoplamiento económico de Estados Unidos y China y la guerra de Rusia en Ucrania . La globalización ha llegado a su punto máximo y ha comenzado a retroceder. En su lugar, está tomando forma un mundo más regionalizado e incluso localizado. Frente al creciente descontento político en el país y las tensiones geopolíticas en el extranjero, los gobiernos y

las empresas se centran cada vez más en la resiliencia además de la eficiencia. En el mundo posneoliberal que se avecina, la producción y el consumo estarán más estrechamente conectados dentro de los países y regiones, el trabajo ganará poder en relación con el capital y la política tendrá un mayor impacto en los resultados económicos que el que ha tenido durante medio siglo. Si toda la política es local, pronto podría ocurrir lo mismo con la economía.

## **LA VISIÓN NEOLIBERAL**

El agnosticismo del neoliberalismo sobre el lugar es llamativo, dados los orígenes de la filosofía política. Surgió en Europa en la década de 1930, cuando las naciones se replegaban hacia adentro y el comercio internacional se estaba desmoronando. Más tarde, el neoliberalismo se convirtió en un pilar del sistema económico posterior a la Segunda Guerra Mundial precisamente porque buscaba asegurar que tales problemas de lugar nunca se repitieran. Los neoliberales querían conectar el capital global y los negocios globales para evitar que las naciones se enfrentaran entre sí. Pero, en última instancia, el sistema fue demasiado lejos, creando no solo burbujas de activos y un exceso de especulación, sino también una gran desconexión entre el capital y el trabajo. Esto, a su vez, alimentó el surgimiento de un nuevo tipo de extremismo político.

Estos eventos han reflejado de alguna manera los de hace 100 años. Entre 1918 y 1929, los precios de casi todos los activos, ya fueran acciones, bonos o bienes inmuebles, aumentaron en Europa y Estados Unidos. Los banqueros centrales de todas partes abrieron los grifos monetarios y animaron a la gente a comprar cosas a crédito. Pero esta sensación de dinero fácil y una marea creciente que

levantaba todos los barcos enmascaraba cambios políticos y económicos ominosos. La Revolución Industrial había acelerado la urbanización en muchos países y desplazado a millones de trabajadores. Las fuerzas laborales que una vez fueron principalmente agrícolas ahora trabajaban arduamente en fábricas e industrias. Los salarios no aumentaron tan rápido como los precios, lo que significaba que el bienestar económico de la mayoría de la gente dependía de la deuda.

Mientras tanto, el comercio entre países se desaceleró. La Primera Guerra Mundial y la pandemia de gripe de 1918, que duró hasta bien entrado 1920, provocaron que el comercio internacional cayera del 27 % de la producción mundial en 1913 al 20 % en promedio entre 1923 y 1928. La burbuja de la deuda explotó en 1929 y la Gran Depresión subsiguiente hizo que el comercio internacional colapsara a solo el 11 por ciento de la economía mundial en 1932. Los aranceles comerciales y los impuestos punitivos en ambos lados del Atlántico se sumaron al problema, y no fue sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial que los flujos transfronterizos de bienes y servicios los servicios superaron nuevamente el 15 por ciento de la economía mundial.

De este sombrío panorama económico creció el fascismo, primero en Italia y luego en Alemania . Las naciones europeas se atrincheraron en sus posturas coloniales, acaparando recursos del mundo en desarrollo para financiar sus esfuerzos bélicos. Una atmósfera hobbesiana de “todos contra todos” cayó sobre Europa, conduciendo inexorablemente a los horrores de la Segunda Guerra Mundial.

Como consecuencia, los líderes e intelectuales de Europa y Estados Unidos comprensiblemente buscaron una manera de evitar que tal carnicería volviera a

ocurrir. Creían que si los mercados de capitales y el comercio global pudieran conectarse a través de una serie de instituciones que flotaran sobre las leyes de cualquier estado-nación dado, sería menos probable que el mundo descendiera a la anarquía. También pensaron que un acuerdo tan liberal podría contrarrestar la creciente amenaza de la Unión Soviética. Como ha argumentado el historiador Quinn Slobodan, el objetivo de los pensadores neoliberales era “salvaguardar el capitalismo a escala mundial”. Las instituciones del proyecto neoliberal, afirma, fueron diseñadas “no para liberar los mercados sino para encerrarlos, para vacunar al capitalismo contra la amenaza de la democracia, para crear un marco que contenga el comportamiento humano a menudo irracional”.

## **CAPITALISMO LIBRE**

Durante mucho tiempo, esta idea funcionó, en parte porque el equilibrio entre los intereses nacionales y los intereses de las empresas privadas no se desequilibraba demasiado. Incluso durante la presidencia de Ronald Reagan, existía la sensación de que el comercio mundial debía servir al interés nacional y no simplemente a los intereses de las grandes empresas multinacionales. Reagan enmarcó al gobierno como un problema en lugar de una solución, pero su administración hizo de la seguridad nacional una consideración en las conversaciones comerciales y utilizó aranceles y otras armas comerciales para hacer retroceder los esfuerzos japoneses por monopolizar las cadenas de suministro de computadoras.

La noción de que el comercio debería ser un sirviente de los intereses de la política interna cayó en desgracia durante la administración Clinton, cuando Estados Unidos firmó una serie de acuerdos comerciales y presionó para que

China ingresara a la OMC. Ese último desarrollo fue un cambio sísmico que eliminó las barandillas de la economía global. Adam Smith, el padre del capitalismo moderno, creía que para que los mercados libres funcionaran correctamente, los participantes debían tener un marco moral compartido. Pero Estados Unidos y muchas otras democracias liberales se vieron repentinamente enredadas en importantes relaciones comerciales con países —desde Rusia y los Petro estados de Medio Oriente hasta numerosas dictaduras latinoamericanas y el socio comercial más grande y problemático de todos, China— que tenían fundamentalmente diferentes marcos morales, por no hablar de los económicos.

Desde comienzos del siglo XXI, los dos mayores beneficiarios de la globalización neoliberal han sido el Estado chino, que nunca siguió las leyes de la OMC al pie de la letra, y las empresas multinacionales, que en su mayoría no se vieron afectadas por la agitación política nacional. El resultado en los Estados Unidos ha sido más extremismo político en ambos lados del pasillo, en gran parte capitalizando el desencanto económico de las masas. La idea de que la economía global debe volver a ponerse al servicio de las necesidades nacionales está ganando fuerza, pero ninguna de las partes ha presentado un plan completo sobre cómo hacerlo (aunque la administración Biden es la que más se acerca).

Lo que está claro es que la globalización está en retroceso, al menos en términos de comercio y flujos de capital. La crisis financiera de 2008–9, la pandemia y la guerra en Ucrania expusieron las vulnerabilidades del sistema, desde los desequilibrios de capital hasta las interrupciones de la cadena de suministro y la agitación geopolítica. Los países ahora quieren más redundancia en sus cadenas de suministro para productos cruciales como microchips, energía y minerales de

tierras raras. Al mismo tiempo, el cambio climático y el aumento de los salarios en muchos mercados emergentes están reduciendo el incentivo para enviar productos de bajo margen, como muebles o textiles, a todo el mundo. Diferentes economías políticas requieren diferentes sistemas financieros e incluso diferentes regímenes monetarios. Las innovaciones tecnológicas como la impresión 3D que permite fabricar productos rápidamente y en un solo lugar también están cambiando el cálculo económico. lo que hace que sea mucho más fácil y económico construir centros de producción cerca de casa. Todos estos cambios sugieren que la regionalización pronto reemplazará a la globalización como el orden económico reinante. El lugar siempre ha importado, pero lo será aún más en el futuro.

## **NO HAY VUELTA ATRÁS**

En algún momento, la pandemia terminará, al igual que la guerra en Ucrania. Pero la globalización no volverá a ser lo que era hace una década. Sin embargo, tampoco desaparecerá por completo. Las ideas y, hasta cierto punto, los datos seguirán fluyendo a través de las fronteras. También lo harán muchos bienes y servicios, aunque a través de cadenas de suministro mucho menos complicadas. En una encuesta de 2021 realizada por la consultora McKinsey & Company, el 92 por ciento de los ejecutivos de la cadena de suministro global encuestados dijeron que ya habían comenzado a cambiar sus cadenas de suministro para hacerlas más locales o regionales, aumentar su redundancia o garantizar que no dependan de un solo país para suministros cruciales. Los gobiernos han fomentado muchos de estos cambios, ya sea a través de leyes como el proyecto de ley de política industrial de la administración Biden o de guías como la Nueva Estrategia Industrial de la Unión Europea, ambos apuntan

a reestructurar las cadenas de suministro para que sean menos dispersas. La forma exacta del próximo orden económico posneoliberal aún no está clara. Pero probablemente será mucho más local, heterodoxa, complicada y multipolar que la anterior. Esto a menudo se presenta como algo malo: una caída para los Estados Unidos y un riesgo para gran parte del mundo. Pero podría decirse que es justo como debería ser. La política tiene lugar a nivel del Estado-nación. Y en el mundo posneoliberal, los formuladores de políticas pensarán mucho más en la economía basada en el lugar mientras trabajan para reequilibrar las necesidades de los mercados nacionales y globales. y multipolar que lo que vino antes. Esto a menudo se presenta como algo malo: una caída para los Estados Unidos y un riesgo para gran parte del mundo. Pero podría decirse que es justo como debería ser. La política tiene lugar a nivel del Estado-nación. Y en el mundo posneoliberal, los formuladores de políticas pensarán mucho más en la economía basada en el lugar mientras trabajan para reequilibrar las necesidades de los mercados nacionales y globales. y multipolar que lo que vino antes. Esto a menudo se presenta como algo malo: una caída para los Estados Unidos y un riesgo para gran parte del mundo. Pero podría decirse que es justo como debería ser. La política tiene lugar a nivel del Estado-nación. Y en el mundo posneoliberal, los formuladores de políticas pensarán mucho más en la economía basada en el lugar mientras trabajan para reequilibrar las necesidades de los mercados nacionales y globales.

Esto ya está sucediendo en el ámbito del comercio. En Estados Unidos, por ejemplo, los dos principales partidos políticos cuestionan con razón ciertos aspectos de la política comercial neoliberal. La idea de que la política local y los valores culturales no importan cuando se trata de política comercial se desmiente con el surgimiento de países autoritarios, en particular con el

surgimiento de China. En parte como resultado, la administración Biden ha mantenido muchos de los aranceles de Trump sobre los productos chinos y ha buscado impulsar la fabricación nacional de bienes que son críticos para la seguridad nacional.

El nacionalismo no siempre es algo bueno, pero cuestionar la sabiduría económica convencional sí lo es. Los países ricos, como Estados Unidos, no pueden subcontratar todo, excepto las finanzas y el desarrollo de software, a los mercados emergentes sin volverse ellos mismos, y el sistema económico en general, vulnerables a las crisis. Por lo tanto, la política comercial convencional tendrá que evolucionar a medida que los países y regiones reconsideren el equilibrio entre crecimiento y seguridad, eficiencia y resiliencia. La globalización inevitablemente se transformará en regionalización y localización.

Considere el debate sobre la manufactura, que representa una pequeña y decreciente proporción de empleos en la mayoría de los países ricos y también en muchos países pobres. Algunos economistas argumentan que los países deberían abandonar el trabajo en las fábricas a medida que avanzan en la cadena alimentaria hacia los servicios, intercambiando mano de obra poco calificada por mano de obra más calificada. Pero la manufactura y los servicios siempre han estado más entremezclados de lo que sugieren los datos laborales, y cada vez lo están más. Las investigaciones muestran que los negocios intensivos en conocimiento de todo tipo tienden a surgir con mayor frecuencia en los centros de fabricación, lo que estimula un mayor crecimiento general. No es de extrañar que potencias industriales como China, Alemania, Japón, Corea del Sur y Taiwán hayan optado por proteger sus bases industriales de formas que Estados Unidos no hace. Lo han hecho no con subsidios derrochadores o

políticas fallidas como la sustitución de importaciones, sino incentivando industrias de alto crecimiento y capacitando una fuerza laboral para apoyarlas. Estados Unidos y otros países desarrollados están buscando hacer eso ahora, particularmente en partes clave de la cadena de suministro, como los semiconductores, y en industrias estratégicamente importantes, como los vehículos eléctricos.

La política industrial muscular será cada vez más común en el mundo posneoliberal. Incluso en los Estados Unidos, la mayoría de los demócratas y un número creciente de republicanos creen que el gobierno tiene un papel que desempeñar en el apoyo a la competitividad y la resiliencia nacionales. La pregunta es cómo. Subvencionar el desarrollo de habilidades, respaldar la demanda interna y gastar para mantener relativamente estables los precios de los bienes clave probablemente sea parte de la respuesta. Estados Unidos depende más de los insumos de fabricación en el extranjero que muchos de sus competidores, incluida China. Satisface solo el 71 por ciento de la demanda de su consumidor final con productos de origen regional, mientras que China satisface el 89 por ciento y Alemania satisface el 83 por ciento con dichos productos. Lograr la paridad con China podría agregar \$ 400 mil millones al producto interno bruto de EE. UU., según estimaciones de McKinsey, y eso sin tener en cuenta las ganancias futuras de la energía limpia y las innovaciones biotecnológicas avanzadas, como la terapia génica. Los esfuerzos relacionados con la pandemia para llenar las brechas en la cadena de suministro de productos esenciales, como equipos de protección personal y productos farmacéuticos, junto con los esfuerzos para aumentar la capacidad nacional en áreas estratégicas como baterías eléctricas, semiconductores y minerales de tierras raras, han creado un impulso para la producción local de bienes de alto valor. Y

eso eventualmente podría pagar enormes dividendos para los Estados Unidos. Los esfuerzos relacionados con la pandemia para llenar las brechas en la cadena de suministro de productos esenciales, como equipos de protección personal y productos farmacéuticos, junto con los esfuerzos para aumentar la capacidad nacional en áreas estratégicas como baterías eléctricas, semiconductores y minerales de tierras raras, han creado un impulso para la producción local de bienes de alto valor. Y eso eventualmente podría pagar enormes dividendos para los Estados Unidos. Los esfuerzos relacionados con la pandemia para llenar las brechas en la cadena de suministro de productos esenciales, como equipos de protección personal y productos farmacéuticos, junto con los esfuerzos para aumentar la capacidad nacional en áreas estratégicas como baterías eléctricas, semiconductores y minerales de tierras raras, han creado un impulso para la producción local de bienes de alto valor. Y eso eventualmente podría pagar enormes dividendos para los Estados Unidos.

A medida que el comercio global y las cadenas de suministro se regionalicen y localicen, las finanzas globales harán lo mismo. La invasión de Rusia a Ucrania tendrá duraderas para los mercados de divisas y capitales. Una consecuencia será acelerar la división del sistema financiero en dos sistemas, uno basado en el dólar estadounidense y otro en el yuan. China y Estados Unidos competirán cada vez más en el ámbito de las finanzas, utilizando la moneda, los flujos de capital y el comercio como armas entre sí. Los legisladores estadounidenses todavía tienen que considerar seriamente las implicaciones de una competencia más amplia de este tipo: el valor de los activos, las pensiones y la política se verán afectados. Los mercados de capital se convertirán en un lugar para defender los valores liberales (por ejemplo, a través de sanciones contra Rusia), buscar nuevas estrategias de crecimiento y crear nuevas alianzas. Todo esto

significa que los mercados serán mucho más sensibles a la geopolítica que en el pasado.

Las tecnologías descentralizadas permitirán producir más bienes para el consumo local, algo que puede beneficiar al medio ambiente. Las “granjas verticales” de alta tecnología que cultivan productos en las murallas o los techos de las ciudades en lugar de en climas vulnerables están surgiendo como una solución a la inseguridad alimentaria. Las grandes empresas se han estado moviendo hacia la integración vertical (poseer más de sus cadenas de suministro) como una forma de protegerse contra los impactos, ya sean climáticos o geopolíticos. Las tecnologías de fabricación de vanguardia, como la impresión 3D, acelerarán este cambio hacia los sistemas industriales locales. Tal fabricación ahorra dinero, energía y emisiones. Y durante la pandemia, ayudó a tapar las brechas en la cadena de suministro, permitiendo que todo, desde máscaras y otros equipos de protección hasta dispositivos de prueba e incluso viviendas de emergencia, se "imprimieran" localmente.

## **EL MUNDO POSNEOLIBERAL**

Al igual que el mundo neoliberal, el mundo posneoliberal traerá desafíos además de oportunidades. La desglobalización, por ejemplo, estará acompañada por una serie de tendencias inflacionarias (aunque la tecnología seguirá siendo deflacionaria). La guerra en Ucrania ha acabado con el gas ruso barato. El impulso global hacia la neutralidad de carbono agregará un impuesto permanente sobre el uso de combustibles fósiles. El gasto de las empresas y los gobiernos para apuntalar las cadenas de suministro impulsará la inflación a corto plazo (aunque en la medida en que impulse industrias estratégicas como la tecnología limpia, en última instancia estimulará el crecimiento y mejorará la

posición fiscal de los países que invierten ahora). Mientras tanto, el final del programa de compra de bonos de la Reserva Federal de EE. UU. y sus repetidas subidas de tipos de interés están poniendo un límite al dinero fácil, elevando los precios de los bienes y servicios.

Los aspectos de esta nueva realidad son buenos. Contar con gobiernos autocráticos para suministros cruciales siempre fue una mala idea. Esperar que países con economías políticas muy diferentes se atuvieran a un régimen comercial único era ingenuo. Contaminar el planeta para producir y transportar bienes de bajo margen a largas distancias no tenía sentido ambiental. Y mantener tasas de interés históricamente bajas durante tres décadas ha creado burbujas de activos improductivas y peligrosas. Dicho esto, no se puede eludir el hecho de que un mundo en desglobalización también será inflacionario, al menos a corto plazo, lo que obligará a los gobiernos a tomar decisiones difíciles. Todo el mundo quiere más resiliencia, pero queda por ver si las empresas o los clientes pagarán por ello.

A medida que los legisladores y los líderes empresariales de EE. UU. buscan abordar estos desafíos, deben rechazar el pensamiento económico convencional. En lugar de asumir que la desregulación, la financiarización y la hiperglobalización son inevitables, deberían abrazar la próxima era de regionalización y localización y trabajar para crear oportunidades económicas productivas para todos los segmentos de la fuerza laboral. Deberían enfatizar la producción y la inversión sobre las finanzas impulsadas por la deuda. Deberían pensar en las personas como activos, no como pasivos, en un balance. Y deben aprender de los éxitos y fracasos de otros países y regiones, extrayendo lecciones específicas del lugar a partir de experiencias específicas del lugar. Durante

demasiado tiempo, los estadounidenses han utilizado modelos económicos obsoletos para tratar de dar sentido a su mundo que cambia rápidamente. Eso no funcionó en el apogeo de la manía neoliberal en la década de 1990, y ciertamente no funcionará hoy. El lugar siempre ha importado cuando se trata de mercados, y está a punto de importar más que nunca.

- RANA FOROOHAR es columnista de negocios globales y editora asociada de *The Financial Times* y autora de [Homecoming: The Path to Prosperity in a Post-Global World](#) (Crown, 2022), del cual se adaptó este ensayo.
- [MÁS DE RANA FOROOHAR](#)